

EL AVARO

PERSONAJES*

HARPAGÓN, padre de Cleantes y de Elisa, y pretendiente de Mariana.

CLEANTES, hijo de Harpagón, amante de Mariana.

ELISA, hija de Harpagón, amante de Valerio.

VALERIO, hijo de Anselmo y amante de Elisa.

MARIANA, amante de Cleantes y pretendida por Harpagón.

ANSELMO, padre de Valerio y de Mariana.

FROSINA, alcahueta.

MAESE SIMÓN, corredor de comercio.

MAESE SANTIAGO, cocinero y cochero de Harpagón.

EL FLECHA, criado de Cleantes.

SEÑORA CLAUDIA, sirvienta de Harpagón.

PAJADAVENA, lacayo de Harpagón.

EL MERLUZA, lacayo de Harpagón.

EL COMISARIO y SU OFICIAL.

La escena es en París

* Algunos de los nombres de los personajes de las comedias de costumbres y de caracteres de Molière están puestos con intención, es decir, son significativos más allá de su valor onomástico, sobre todo si pertenecen a esa tropa de los secundarios, poblada de criados y sirvientas. Recuérdense, por citar tan solo cuatro ejemplos, a la criada Remiendos y al alguacil Leal, de *Tartufo*, o a los señores de Boboenvilla, de *George Dandin*, que se podría traducir, asimismo, como Jorge Babioca o Jorge Bobalicón. Así, y siempre que ha sido posible y he descubierto alguna intención, he versionado los nombres tanto en la presente obra como en *El enfermo imaginario*. (N. del T.).

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

VALERIO, ELISA

VALERIO.—Pero ¿por qué habéis de entristeceros, preciosa Elisa, después de las amables promesas de fidelidad que habéis tenido la bondad de darme? Os veo suspirar, ¡ay!, ante mi gozo. Decidme si es que os pesa haberme hecho feliz y os arrepentís de este compromiso al que mi pasión ha podido empujaros.

ELISA.—No, Valerio, no puedo arrepentirme de nada de lo que hago por vos. Me siento arrastrada a ello por una dulcísima fuerza, y ni siquiera tengo ánimo para desear que las cosas no ocurran así. Mas de verdad os digo que me inquieta el desenlace y mucho me temo que os amo más de lo que debiera.

VALERIO.—Pero ¿qué podéis temer, Elisa, de las bondades que me procuráis?

ELISA.—¡Ay, Dios!, mil cosas a la vez: el arrebato de mi padre, los reproches de mi familia, las censuras de la gente; y más que nada, Valerio, la muda de vuestro corazón y esa criminal frialdad con que los de vuestro sexo suelen pagar los testimonios demasiado ardientes de un inocente amor.

VALERIO.—¡Ah!, no me inflijáis ese daño juzgándome por los demás. Acusadme de todo, Elisa, antes que de faltar

a lo que os debo. Os amo demasiado para eso, y mi amor por vos durará tanto como mi vida.

ELISA.—¡Ah, Valerio!, todos sostenéis las mismas opiniones. Todos los hombres son semejantes por sus palabras, pero solo los hechos los diferencian.

VALERIO.—Pues, si únicamente los hechos revelan lo que somos, entonces esperad por lo menos a juzgar por ellos mi corazón y no me atribuyáis crímenes por injustos temores de una enojosa prevención. No me asesinéis, os lo ruego, con los dolorosos golpes de una ultrajante sospecha y dadme tiempo para convencerlos con mil y una pruebas de la sinceridad de mi pasión.

ELISA.—¡Ay, infeliz, con qué facilidad nos dejamos persuadir por las personas que amamos! Sí, Valerio, os considero incapaz de engañarme. Creo que me amáis con un amor sincero y que me seréis fiel; de ninguna manera quiero dudar de ello, y reduzco mi desazón al temor por la reprobación que puedan hacerme.

VALERIO.—¿Pero por qué esa inquietud?

ELISA.—Yo nada tendría que temer si todo el mundo os viera con los ojos con que yo os veo, y encuentro en vuestra persona razón sobrada para las cosas que hago por vos. Mi corazón, en defensa suya, tiene toda vuestra estima confirmada por el auxilio de una gratitud con la que el cielo me ligara a vos. Revivo constantemente el extraño trance que dio pie a que nos ofreciéramos a las miradas, el uno del otro; la sorprendente generosidad que hizo que arriesgarais vuestra vida para salvar la mía del furor de las olas; las atenciones llenas de ternura que me prodigasteis luego de haberme sacado del agua, y los asiduos homenajes del ardiente amor que ni el tiempo ni las dificultades han menoscabado y que, haciéndoos ignorar patria y familia, detiene vuestros pasos en estos lugares, mantiene en beneficio mío disimulada vuestra condición y, para verme, os ha reducido a adoptar el empleo de doméstico de mi padre. Todo ello me produce, desde luego, un efecto maravilloso y, a mi

L'AVARE,

COMEDIE.

Par I. B. P. MOLIERE.



A PARIS,

Chez JEAN RIBOU, au Palais, vis-à-vis
la Porte de l'Eglise de la Sainte Chapelle,
à l'Image S. Louis.

M. DC. L'XIX.

AVEC PRIVILEGE DV ROY.

Portada de la primera edición.

juicio, es suficiente para justificarme el compromiso a que he podido acceder; pero no es bastante, quizá, para justificárselo a los demás, y no estoy segura de que compartan mis sentimientos.

VALERIO.—De cuanto habéis dicho, sabed que únicamente por amor pretendo merecer algo de vos; y en cuanto a los escrúpulos que tenéis, vuestro propio padre se cuida mucho de justificaros ante la gente; lo extremo de su avaricia y la estrechez con que vive con sus hijos podrían autorizar cosas más extrañas. Perdonadme, preciosa Elisa, si hablo así delante de vos: sabéis que sobre ese capítulo no cabe hablar bien. Pero, en fin, si, como espero, puedo volver a ver a mis padres, no nos costará mucho ponerlos de nuestra parte. Espero con impaciencia noticias tuyas, e iré a buscarlas yo mismo si tardan en llegar.

ELISA.—¡Ah!, Valerio, no os mováis de aquí, os lo ruego, y tratad solo de ganaros el ánimo de mi padre.

VALERIO.—Vos veis cómo me entrego a ello y las hábiles zalemas que he tenido que emplear para introducirme en su servicio, bajo qué máscara de simpatía y de proximidad de sentimientos me escondo para complacerlo y qué personaje interpreto todos los días ante él con el fin de granjearme su afecto. Hago admirables progresos y advierto que para ganarse a los hombres no hay mejor método que el de hacer gala de sus gustos a sus ojos, adoptar sus máximas, ensalzar sus defectos y aplaudir lo que hacen. Basta con hacer como que se tiene miedo de hinchar la zalema y, por más evidente que sea el modo de actuar, hasta los más sutiles son víctimas perfectas por el flanco del halago, y nada hay, por impropio o ridículo, que no se traguen cuando se adoba con loor. La sinceridad se resiente algo en el oficio que ejerzo, pero cuando se necesita de los hombres hay que plegarse a ellos, y, puesto que no cabe ganárselos más que así, la culpa no es de los que adulan, sino de los que quieren ser adulados.

ELISA.—¿Y no intentáis atraeros también el apoyo de mi hermano, para el caso de que a la sirvienta se le ocurra develar nuestro secreto?

VALERIO.—No se puede manejar al uno y al otro; tan opuestos son el ánimo del padre y del hijo que es difícil conjuntar ambas confianzas a la vez. Pero vos, por vuestra parte, influid en vuestro hermano y servíos del afecto que existe entre vos para acercarlo a nuestros intereses. Ahí llega. Me retiro. Aprovechad ahora para hablarle, y no le descubráis de nuestro asunto más de lo que consideréis justo.

ELISA.—No sé si tendré fuerzas para hacerle esa confianza.

ESCENA SEGUNDA

CLEANTES, ELISA

CLEANTES.—Me alegra encontraros sola, hermana, pues ardía en deseos de hablaros para confiaros un secreto.

ELISA.—Estoy dispuesta a oíros, hermano. ¿Qué tenéis que decirme?

CLEANTES.—Muchas cosas, hermana, encerradas en una palabra: amo.

ELISA.—¿Amáis?

CLEANTES.—Sí, amo. Pero antes de ir más lejos, sé que dependo de un padre, y que mi apellido me somete a su voluntad, que no debemos empeñar nuestra palabra sin el consentimiento de quienes nos dieron el ser; que el cielo les ha hecho dueños de nuestros deseos y que se nos manda no disponer de ellos, sino con su beneplácito; que, por no padecer el influjo de ningún loco ardor, están en situación de equivocarse mucho menos que nosotros y de ver mucho mejor lo que nos es propicio; que hay que creer antes en las luces de su prudencia que en la ceguera de nuestra pasión, y que la obcecación juvenil nos arrastra las más de las veces

al borde de desagradables precipicios. Os digo todo esto, hermana, para que no os toméis la molestia de decírmelo vos, porque, además, mi amor no iba a escuchar nada, por lo que os ruego que no me amonestéis.

ELISA.—¿Os habéis prometido a quien amáis, hermano?

CLEANTES.—No, pero estoy decidido a ello, y una vez más os pido que no me esgrimáis razones que me disuadan.

ELISA.—¿Tan extraña soy, hermano?

CLEANTES.—No, hermana; pero vos no amáis, ignoráis la dulce vehemencia que ejerce sobre los corazones un tierno amor, y me da miedo vuestra sensatez.

ELISA.—¡Ay!, hermano, no hablemos de mi sensatez. No hay nadie al que no le falte al menos una vez en la vida; y, si os abriera mi corazón, tal vez apareciera ante vuestros ojos menos sensata que vos.

CLEANTES.—¡Ah!, quiera el cielo que vuestra alma, igual que la mía...

ELISA.—Terminemos antes con vuestro asunto, y decidme quién es esa a la que amáis.

CLEANTES.—Una joven que vive de ha poco en este barrio, y que parece hecha para dar amor a cuantos la ven. La naturaleza, hermana mía, no ha creado ser más amable, y me quedé enamorado desde el momento en que la vi. Se llama Mariana y vive bajo la tutela de su anciana madre, que está casi siempre enferma, y por quien esta amable muchacha muestra unos sentimientos de afecto que no os imagináis. Cuida de ella, la atiende, la consuela con un cariño que os conmovería. A todo se entrega con la más encantadora disposición, y todos sus actos destellan mil encantos: una dulzura plena de atractivos, una bondad cautivadora, una honestidad adorable, una..., ¡ah!, hermana mía, querría que la hubieseis visto.

ELISA.—Harto veo ya, hermano, por las cosas que me decís, y, además para darme cuenta de cómo es ella, me basta con que vos la améis.

CLEANTES.—He descubierto a hurtadillas que no se hallan muy holgadas, y que su sobrio modo de vida se las ve

y se las desea para prolongar a todas sus necesidades los haberes de que disponen. Figuraos, hermana, el placer que supone el poder mejorar la suerte de la persona amada contribuyendo hábilmente con algunas ayudas a los modestos menesteres de tan virtuosa familia, e imaginaos el disgusto al ver que, merced a la avaricia de un padre, me hallo en la imposibilidad de gozar de esa suerte y de presentarle a esta amada mía algún testimonio de mi amor.

ELISA.—Sí, hermano, ya imagino cuán grande ha de ser vuestra pena.

CLEANTES.—¡Ah! hermana, es mayor de lo que se pueda creer: porque, además, ¿hase visto algo más cruel que la estricta economía que se ejerce sobre nosotros y esta sequía en la que se nos deja languidecer? ¿De qué nos valdrá poseer bienes, si solo nos alcanzarán cuando ya no estemos en edad de disfrutarlos mientras que ahora he de endeudarme por los cuatro costados, simplemente para vivir, y como vos me veo obligado a buscar cada día la merced de los comerciantes para poder vestir decorosamente? En fin, he querido hablaros para que me ayudéis a tantear a vuestro padre acerca de los sentimientos en que estoy; y, si lo veo opuesto, he decidido marchar con esa amable criatura a otros lugares y gozar de la suerte que el cielo quiera depararnos. A este respecto, ando buscando dinero en préstamo por doquier. Si vuestros asuntos son, hermana, semejantes a los míos, y ocurre que nuestro padre se opone a nuestros deseos, ambos lo dejaremos aquí y nos liberaremos de la tiranía a la que, desde hace tantísimo, nos tiene sometidos su insoponible avaricia¹.

ELISA.—Es muy cierto que cada día crecen los motivos que nos da para que lamentemos la muerte de nuestra madre y para que...

¹ Como en *Tartufo*, Molière no presenta directamente al personaje principal de su comedia, sino que lo hace a través de los comentarios de sus familiares y criados antes de que entre en escena.

CLEANTO.—Oigo su voz. Apartémonos un poco para acabar nuestra confidencia; luego, uniremos nuestras fuerzas para tratar de atacar la crudeza de su temperamento.

ESCENA TERCERA

HARPAGÓN, EL FLECHA

HARPAGÓN.—¡Fuera de aquí ahora mismo y sin rechistar! ¡Vamos, sal pitando de mi casa, consumado bribón, auténtica carne de horca!

EL FLECHA. (*Aparte.*).—Nunca vi a nadie tan malvado como este maldito viejo, y creo, con perdón, que tiene el diablo en el cuerpo.

HARPAGÓN.—¿Qué mascullas?

EL FLECHA.—¿Por qué me echáis?

HARPAGÓN.—¡Y eres tú, bribón, quien me pregunta los motivos! Sal rápidamente, antes de que te muela a palos.

EL FLECHA.—Pero, ¿qué os he hecho?

HARPAGÓN.—Me has hecho que quiero que salgas.

EL FLECHA.—Mi amo, vuestro hijo me ha pedido que lo espere.

HARPAGÓN.—Te vas a esperarlo a la calle, y no te quedas más en mi casa, plantado como un poste, observando lo que ocurre y sacando provecho de todo. No quiero tener pegado a mí todo el día a un espía de mis cosas, a un traidor cuyos malditos ojos acechan todos mis movimientos, devoran lo que poseo y figonean por todos los rincones para ver si hay algo que robar.

EL FLECHA.—¿Cómo demontre queréis vos que yo haga para robaros? Ni que fuerais un hombre robable, vos que todo lo encerráis y vigiláis día y noche.

HARPAGÓN.—Yo encierro lo que me viene en gana y vigilo como me parece. ¡No te digo los chismosos que se van metiendo en lo que hace uno! (*Aparte.*) Tiemblo de pensar

que se barrunte algo de mi dinero. (*En voz alta.*) ¿No serás capaz de ir por ahí con el cuento de que tengo dinero escondido en mi casa?

EL FLECHA.—¿Tenéis dinero escondido?

HARPAGÓN.—No, granuja, no estoy diciendo eso. (*Aparte.*) ¡Qué rabia me da! (*En voz alta.*) Pregunto si, por malicia, no irás por ahí con el cuento de que lo tengo.

EL FLECHA.—¡Eh!, pero ¿qué importa si lo tenéis o no lo tenéis, si para nosotros es lo mismo?

HARPAGÓN.—¡Te haces el razonador! A ti te voy a dar yo razonamiento de ese en las orejas. (*Levanta la mano para darle un guantazo.*) Vete de aquí, te repito².

EL FLECHA.—Bueno, pues me voy.

HARPAGÓN.—Espera. ¿No te me llevarás nada?

EL FLECHA.—¿Qué os habría de llevar?

HARPAGÓN.—Ven acá que te mire. Enséñame tus manos.

EL FLECHA.—Aquí las tenéis.

HARPAGÓN.—Las otras.

EL FLECHA.—¿Las otras?

HARPAGÓN.—Sí.

EL FLECHA.—Aquí las tenéis.

HARPAGÓN. (*Señalando las calzas.*).—¿No te habrás metido nada ahí dentro?

EL FLECHA.—Miradlo vos mismo.

HARPAGÓN. (*Palpándole los bajos de las calzas.*).—Estos gregüescos grandes son los apropiados para hacer de tapadera de cosas robadas, y ya me gustaría a mí que hubieran colgado a alguno de esos.

EL FLECHA. (*Aparte.*).—¡Ah, cómo se merecía un hombre así lo que tanto teme, y qué gusto me daría a mí robarle!

² Las escenas de palizas a los criados, que abundan en el teatro de Molière, son un reflejo de la costumbre existente en la época. Tallement des Réaux (1619-1692) cuenta que «Luis XIII no quería que sus camareeros fueran gentilhombres porque decía que quería poder pegarles y no creía poder pegar impunemente a un gentilhombre».

HARPAGÓN.—¿Eh?

EL FLECHA.—¿Qué?

HARPAGÓN.—¿Qué hablas de robar?

EL FLECHA.—Digo que registréis por todas partes, a ver si os he robado.

HARPAGÓN.—Eso es precisamente lo que voy a hacer.

(Registra los bolsos de EL FLECHA.)

EL FLECHA. *(Aparte.)*.—¿Así se lleve la peste a la avaricia y a los avariciosos!

HARPAGÓN.—¿Cómo?, ¿qué dices?

EL FLECHA.—¿Que qué digo?

HARPAGÓN.—Sí. ¿Qué estás hablando de avaricia y avariciosos?

EL FLECHA.—Digo que ojalá se llevara la peste a la avaricia y a los avariciosos.

HARPAGÓN.—¿A quién te estás refiriendo?

EL FLECHA.—A los avariciosos.

HARPAGÓN.—¿Y quiénes son los avariciosos esos?

EL FLECHA.—Unos miserables y unos roñosos.

HARPAGÓN.—¿Y qué entiendes tú por tal?

EL FLECHA.—Pero ¿de qué os preocupáis?

HARPAGÓN.—Me preocupo de lo que tengo que preocuparme.

EL FLECHA.—¿Creéis que me estoy refiriendo a vos?

HARPAGÓN.—Creo en lo que creo; pero quiero que me digas a quién le hablas cuando dices eso.

EL FLECHA.—Le hablo..., le hablo a mi coletito.

HARPAGÓN.—Pues yo podría hablarle a tu pestorejo.

EL FLECHA.—¿Vais a impedirme que maldiga a los avariciosos?

HARPAGÓN.—No; pero te impediré que murmures y que seas insolente. Cállate.

EL FLECHA.—No estoy nombrando a nadie.

HARPAGÓN.—Como hables te muelo a palos.

EL FLECHA.—El que se pica...

HARPAGÓN.—¿Te vas a callar?

EL FLECHA.—Sí, a mi pesar.

HARPAGÓN.—¡Ja, ja, ja!

EL FLECHA. (*Mostrándole uno de los bolsillos de sus gregüescos.*).—Mirad, aquí tenéis otro bolsillo. ¿Estáis satisfecho?

HARPAGÓN.—Venga, devuélvemelo sin que tenga que registrarte.

EL FLECHA.—¿El qué?

HARPAGÓN.—Lo que me has cogido.

EL FLECHA.—Yo no os he cogido nada de nada.

HARPAGÓN.—¿De veras?

EL FLECHA.—De veras.

HARPAGÓN.—Adiós. Y vete al diablo.

EL FLECHA.—Ahora sí que estoy despedido y bien despedido.

HARPAGÓN.—¡Sobre tu conciencia lo cargo! Bribón de criado..., lo que me molesta, y además no tengo ganas de ver por ahí a este maldito cojo³.

ESCENA CUARTA

HARPAGÓN, ELISA, CLEANTES

HARPAGÓN.—La verdad es que no resulta fácil guardar en casa una suma grande de dinero; dichoso el que tiene toda su hacienda bien colocada y tan solo dispone de lo que precisa para su gasto. Anda uno apurado, discurrendo un escondrijo fiel en toda la casa, porque a mí las cajas de caudales me resultan sospechosas, y nunca me fiaría de ellas.

³ El actor que representaba el papel de El Flecha, Luis Béjart, era cojo. Molière dota al personaje de las características físicas del actor. *Vid.* nota 12.

Las considero precisamente un cebo perfecto para ladrones, y siempre será contra lo primero que la emprendan. No sé, empero, si habré hecho bien enterrando en el jardín los diez mil escudos que me devolvieron ayer. Diez mil escudos de oro en casa es una suma bastante... (*En este momento, aparecen el hermano y la hermana conversando en voz baja.*) ¡Oh, cielos!, ¿me habré traicionado yo mismo?, me he dejado llevar por el impulso, y creo que, mientras razonaba solo, he hablado en alto... ¿Qué hay?

CLEANTES.—Nada, padre.

HARPAGÓN.—¿Hace mucho que estáis ahí?

ELISA.—Acabamos de llegar.

HARPAGÓN.—Habéis escuchado...

CLEANTES.—¿El qué, padre?

HARPAGÓN.—Eso...

ELISA.—¿El qué?

HARPAGÓN.—Lo que acabo de decir.

CLEANTES.—No.

HARPAGÓN.—Ya, ya...

ELISA.—Perdonadme, pero...

HARPAGÓN.—Ya veo que habéis oído algunas palabras. Estaba diciéndome para mis adentros lo difícil que es hoy día encontrar dinero, y decía que dichoso el que puede tener diez mil escudos en su casa.

CLEANTES.—Dudábamos si abordaros por temor a interrumpiros.

HARPAGÓN.—Me tranquiliza haberos dicho esto, no fuera a ser que tomarais las cosas de través, y pensaseis que soy yo el que tiene diez mil escudos.

CLEANTES.—No nos metemos en vuestros asuntos.

HARPAGÓN.—¡Diez mil escudos; pluguiera a Dios que los tuviese!

CLEANTES.—No creo.

HARPAGÓN.—Sería un buen negocio para mí.

ELISA.—Son cosas que...

HARPAGÓN.—Buena falta me harían.

CLEANTES.—Me parece que...

HARPAGÓN.—Mucho me arreglaría.

ELISA.—Sois...

HARPAGÓN.—Y no me quejaría, como ahora, de lo miserable que es esta época.

CLEANTES.—Por Dios, padre, no tenéis razón de quejaros; sabido es que tenéis suficientes bienes de fortuna.

HARPAGÓN.—¿Cómo? ¿Que tengo suficientes bienes de fortuna? Los que digan eso están mintiendo. Nada más falso, y los que van propagando esos rumores son unos granujas.

ELISA.—No os pongáis furioso.

HARPAGÓN.—¡Es pasmoso que hasta mis propios hijos me traicionen y sean mis enemigos!

CLEANTES.—¿Pero es ser vuestro enemigo decir que tenéis bienes de fortuna?

HARPAGÓN.—Sí. Semejantes chismes y los gastos que hacéis vosotros traerán consigo que cualquier día de estos me vengan a cortar el cuello creyendo que estoy forrado de doblones.

CLEANTES.—¿Qué gastos grandes hago yo?

HARPAGÓN.—¿Cuáles? ¿Hay algo más escandaloso que la lujosa vestimenta que lucís por la ciudad? Ayer reñí a vuestra hermana; pero esto es aún peor. Esto en verdad clama al cielo: si os fuera quitando de los pies a la cabeza, se podría sacar para una buena inversión. Ya os he dicho cuarenta veces, hijo, lo mucho que me desagradan vuestras maneras: adoptáis sin reparar aires de marqués y, para ir como vais vestido, tenéis que robarme.

CLEANTES.—¡Robaros! ¿Cómo?

HARPAGÓN.—¡Yo qué sé! ¿De dónde sacáis, si no, para costearos las ropas que lleváis?

CLEANTES.—¿Yo, padre? Pues es que juego, y, como soy muy afortunado, me gasto en mí todo el dinero que gano.

HARPAGÓN.—Muy mal hecho. Si sois afortunado en el juego, deberíais aprovecharlo y colocar el dinero que ganáis a un interés conveniente, para que un día lo tengáis...

Me gustaría saber, por no hablar de los demás, de qué sirve tanto cintajo embutiéndoos de arriba abajo y si no bastan media docena de agujetas para ataros las calzas. ¡Pues ya se necesita emplear el dinero en pelucas, cuando uno puede llevar pelo de su propia cosecha, que no cuesta nada! Apuesto a que lleváis, entre pelucas y cintajos, por lo menos veinte doblones; colocados solo a un interés de a doce⁴, rentan al año dieciocho libras, seis sueldos y ocho dineros.

CLEANTES.—Tenéis razón.

HARPAGÓN.—Dejemos eso y hablemos de otra cosa. ¿Eh? (*En voz baja, aparte.*) Creo que se hacen señas el uno al otro para robarme la bolsa. (*En alto.*) ¿Qué significan esos gestos?

ELISA.—Estamos dudando mi hermano y yo sobre quién habla primero, porque los dos tenemos algo que deciros.

HARPAGÓN.—Pues yo también tengo algo que deciros a los dos.

CLEANTES.—Es de matrimonio, padre, de lo que queremos hablaros.

HARPAGÓN.—Y es de matrimonio de lo que quiero yo hablaros también.

ELISA.—¡Ay, padre!

HARPAGÓN.—¿A qué viene ese grito? ¿Es la palabra o es la cosa, hija, la que os da miedo?

CLEANTES.—Puede que el matrimonio nos dé miedo a los dos, depende de lo que se os alcance a vos, pues que tememos que nuestros sentimientos no vayan de acuerdo con vuestra elección.

HARPAGÓN.—Un poco de paciencia. No os alarméis. Sé lo que os conviene a los dos, y no tendréis motivo de queja por lo que pretendo hacer. Y, para comenzar por el princi-

⁴ Interés de uno por cada doce prestados, es decir, un poco más del ocho por ciento actual. El interés legal de la época (Edicto de 1665) era de uno por cada veinte prestados, es decir, el cinco por ciento.

pio, decidme, ¿habéis visto a una joven llamada Mariana que no vive lejos de aquí?

CLEANTES.—Sí, padre.

HARPAGÓN. (*A ELISA*).—¿Y vos?

ELISA.—He oído hablar de ella.

HARPAGÓN.—¿Qué os parece, hijo, esa muchacha?

CLEANTES.—Una persona encantadora.

HARPAGÓN.—¿Su fisonomía?

CLEANTES.—Muy decente y llena de gracia.

HARPAGÓN.—¿Su porte y sus maneras?

CLEANTES.—Sin duda, admirables.

HARPAGÓN.—¿No creéis que una muchacha así bien merece que se la tenga presente?

CLEANTES.—Sí, padre.

HARPAGÓN.—¿Que sería un partido conveniente?

CLEANTES.—Muy conveniente.

HARPAGÓN.—¿Que tiene toda la apariencia de administrar bien su casa?

CLEANTES.—Sin duda.

HARPAGÓN.—¿Y que un marido sería dichoso con ella?

CLEANTES.—Seguro.

HARPAGÓN.—Hay una pequeña dificultad, y es que me temo que carezca de los bienes de fortuna que fueran de desear.

CLEANTES.—¡Ah, padre, no se fija uno en los bienes cuando se trata de casarse con una persona honrada!

HARPAGÓN.—¡Perdonad, perdonad! Pero sí cabe decir que, si uno no encuentra ahí todos los bienes de fortuna que desea, puede intentar compensarlo con otra cosa.

CLEANTES.—Por supuesto.

HARPAGÓN.—Bueno, me agrada veros de mi sentir, porque su recato y su dulzura han ganado mi alma, y estoy dispuesto a casarme con ella, a nada que saque de ello algún bien.

CLEANTES.—¿Qué?

HARPAGÓN.—¿Qué de qué?

CLEANTES.—Estáis dispuesto, decís...

HARPAGÓN.—A casarme con Mariana.

CLEANTES.—¿Quién? ¿Vos? ¿Vos?

HARPAGÓN.—Sí. ¡Yo, yo, yo! ¿Qué significa esto?

CLEANTES.—Me ha venido de repente un mareo; me retiro.

HARPAGÓN.—No será nada. Id enseguida a la cocina y bebed un vaso grande de agua clara. ¡Vaya con los flojeras de los donceles, que tienen menos espíritu que las gallinas! Bueno, hija, eso es lo que he dispuesto para mí. A tu hermano le reservo cierta viuda de la que me han estado hablando esta mañana; a ti, te entrego al señor Anselmo.

ELISA.—¿Al señor Anselmo?

HARPAGÓN.—Sí. Un hombre maduro, sensato y prudente, que no tendrá más allá de cincuenta años, y de cuyos bienes de fortuna se hacen lenguas.

ELISA. (*Haciendo una reverencia.*).—Padre, no quiero casarme, si os place.

HARPAGÓN. (*Parodiando la reverencia.*).—Y yo, hijita, queridita, quiero que os caséis, si os place.

ELISA.—Os pido perdón, padre.

HARPAGÓN.—Os pido perdón, hija.

ELISA.—Soy la humildísima servidora del señor Anselmo, pero, con vuestro permiso, no me casaré con él.

HARPAGÓN.—Y yo soy vuestro humildísimo servidor; pero, con vuestro permiso, os casaréis con él esta misma noche.

ELISA.—¿Esta misma noche?

HARPAGÓN.—Esta misma noche.

ELISA.—No podrá ser, padre.

HARPAGÓN.—Podrá ser, hija.

ELISA.—No.

HARPAGÓN.—Sí.

ELISA.—Os digo que no.

HARPAGÓN.—Os digo que sí.

ELISA.—A eso no me someteréis.



El actor Grandmenil en el papel de Harpagón de *El avaro*.

HARPAGÓN.—A eso te someteré.

ELISA.—Me mataré antes que casarme con semejante marido.

HARPAGÓN.—No te matarás, y te casarás con él. ¡Habrase visto qué osadía...! ¿Se ha visto en algún sitio que una hija hable de esta guisa a su padre?

ELISA.—¿Pero se ha visto en algún sitio que un padre case a su hija de esta manera?

HARPAGÓN.—Es un partido en el que no hay peros que valgan, y apuesto que todo el mundo aprobará mi elección.

ELISA.—Y yo apuesto que no podrá ser aprobado por ninguna persona razonable.

HARPAGÓN.—Ahí está Valerio: ¿quieres que le hagamos juez del asunto en litigio?

ELISA.—Lo acepto.

HARPAGÓN.—¿Admitirás su juicio?

ELISA.—Sí, me resignaré a lo que él diga.

HARPAGÓN.—Pues, entonces, hecho.

ESCENA QUINTA

VALERIO, HARPAGÓN, ELISA

HARPAGÓN.—Aquí, Valerio. Te hemos escogido para que nos digas quién tiene razón, si mi hija o yo.

VALERIO.—Vos, señor, sin discusión.

HARPAGÓN.—¿Sabes de lo que hablamos?

VALERIO.—No. Pero vos no podríais equivocaros: sois todo razón.

HARPAGÓN.—Quiero darle por esposo esta noche a un hombre tan rico como sensato, y me espeta la desvergonzada que se le da un bledo tomarlo. ¿Qué dices a eso?

VALERIO.—¿Qué digo a eso?

HARPAGÓN.—Sí.

VALERIO.—¡Bueno, eh!

HARPAGÓN.—¿Qué?

VALERIO.—Digo que, en el fondo, yo soy de vuestro mismo sentir, porque no cabe que no tengáis razón; aunque tampoco ella se equivoca del todo, y...

HARPAGÓN.—¿Cómo? El señor Anselmo es un partido de consideración, un gentilhombre noble, ameno, sosegado, sensato y muy bien acomodado, y al cual no le queda ningún hijo de su primer matrimonio. ¿Podría encontrar ella algo mejor?

VALERIO.—Es verdad; pero ella podría deciros que eso es un poco precipitar las cosas, y que sería menester algún tiempo para ver si su afecto se acomoda a...

HARPAGÓN.—Hay que agarrar enseguida la ocasión por los pelos*. Obtengo aquí una ventaja que no encontraría en otros casos, y es que él se compromete a tomarla sin dote...

VALERIO.—¿Sin dote?

HARPAGÓN.—Sí.

VALERIO.—¡Ah, entonces no digo más! He ahí una razón plenamente convincente; hay que rendirse ante eso.

HARPAGÓN.—Para mí es un ahorro de consideración.

VALERIO.—Claro, no tiene vuelta de hoja. Bien es verdad que vuestra hija puede argüiros que el matrimonio es una cuestión mayor de lo que pueda pensarse; que está en juego el ser feliz o desdichado toda la vida, y que un compromiso que ha de durar hasta la muerte no debe hacerse nunca si no es con gran cautela.

HARPAGÓN.—¡Sin dote!

* *La diosa latina Ocasio* (la Ocasión), diosa de la oportunidad, estaba representada por una mujer que era calva por detrás y solo tenía un mechón de cabello en su frente. Por eso, cuando se presentaba delante de uno, había que agarrar su cabello para no dejarla escapar, antes de que se diera la vuelta. También de ahí las expresiones españolas «A la ocasión la pintan calva» y «Coger la ocasión por los pelos». (*N. del T.*)